

ECONOMIA Y DEFENSA NACIONAL

Algunas reflexiones

Por el General de División (R.) Jorge A. Giovanelli.

ADVERTENCIA

El presente trabajo es el texto de una interesante conferencia pronunciada por el señor General Giovanelli en la Academia Nacional de Ciencias Económicas, el día 26 de julio del año en curso.

Como en la oportunidad ya se hallaba en prensa este número, y queriendo esta Dirección darle el lugar preferente en nuestra Revista que merecen el alto prestigio de su autor y la importancia del tema abordado; ha dispuesto hacerlo con una numeración aparte (V al XXIII), por hallarse ya impresos los primeros pliegos de la misma.

LA DIRECCION.

Las conocidas palabras de Napoleón "l'argent fait la guerre", pronunciadas en una época en que la población no participaba como hoy directamente en la lucha, ni conocía los devastadores bombardeos aéreos, ni se pensaba siquiera en la bomba atómica; cuando los ejércitos se componían de una masa de hombres a pie y a caballo, armados en forma precaria y seguidos por interminables columnas de carros; cuando aún no existía la carrera militar, tal como hoy la conocemos; cuando tampoco existían los ferrocarriles y los cómodos servicios actuales que facilitan la alimentación, los movimientos y la vida de las tropas, esas palabras, decía, no sólo conservan su valor sino que en la actualidad lo tienen mucho mayor, debido a la presencia de las fuerzas mecanizadas, de flotas aéreas, de nuevos elementos para la lucha en los mares y al acrecentamiento inusitado de la potencia combativa que ha traído el empleo del arma atómica y de la termonuclear. De entonces a hoy, la guerra ha evolucionado radicalmente en sus medios y en sus formas.

Pero es absolutamente indispensable desentrañar el verdadero significado y alcance que esas palabras del Gran Corso encierran, para lo cual se requiere examinarlas con un criterio que debe ser, a la vez, técnico y económico.

En el estado actual de la civilización, cuando desgraciadamente los medios morales para poner fin a las guerras están en retardo con relación a los medios materiales de lucha, a nadie se le puede ocultar la imprescindible necesidad de que una nación, como la nuestra por ejemplo, mantenga permanentemente un poder armado que, por una parte, signifique una verdadera garantía para su seguridad y el porvenir, para la conservación de su soberanía, así como de su riquísimo patrimonio territorial, que junto con su excelente posición geográfica la predestinan a figurar entre las más importantes del mundo. Y por otra parte, que la eficiencia de ese poder armado debe estar a tono con los recursos que la Nación destina a ese fin específico, pues una larga experiencia universal enseña que en materia de defensa nacional se pueda gastar mucho y mal, o bien menos y mejor, a condición de observar un plan adecuado, con sólidos fundamentos técnicos y financieros.

Esa consideración, que estimo fundamental, nos explica el porqué en los congresos de algunas naciones importantes, a régimen democrático de gobierno y aún mismo en reinos, como lo eran el de Italia, España y otras, se notaba la presencia de algunos generales de prestigio, que no iban para servir de títeres a los gobiernos o a pequeñeces de los partidos, sino que, colocando por encima de todo a los sagrados intereses de la defensa nacional, hacían un estudio medular de los proyectos e informaban, como una cuestión de honor, lo que profesionalmente correspondía informar.

Mi incorporación a la Academia de Ciencias Económicas se realiza precisamente en momentos en que es posible observar en las principales naciones una evolución notable en la orientación de sus economías respectivas, en todo lo que pueda relacionarse con la defensa nacional, sea desde el punto de vista de su preparación en tiempo de paz, así como para la conducción económica de la guerra, en el hipotético y desgraciado caso de que ésta, pese a los esfuerzos que se hacen, no hubiera podido ser evitada.

Lo que a todas luces resulta evidente es que así como desde el tiempo de paz se prepara una Estrategia Militar que determina los objetivos a perseguir en caso de guerra, la maniobra a realizar, las fuerzas y los medios a emplear, debe también existir una Estrategia Económica que determine la forma en que los recursos de la Nación deberán ser empleados para que esos propósitos de la Estrategia Militar puedan ser realizables, en la forma prevista. Son dos estrategias inseparables y las dos persiguen el mismo fin.

Cuando en el pasado se hablaba de Estrategia, se daba a este término un significado casi exclusivamente militar, cosa que en la actualidad ha cambiado de manera fundamental.

Es esta una cuestión de principios que tiene especial importancia, sobre todo para aquellas naciones, como la República Argentina, cuyo porvenir impone la solución de vastos problemas económicos y financieros en otros órdenes de su vida, que por su naturaleza son totalmente distintos a los de orden puramente militar.

No necesito abundar en consideraciones para afirmar que media una gran diferencia entre la época en que la guerra quedaba circunscripta a las fuerzas empleadas en los frentes terrestre y naval, con lo que ocurre en la actualidad, en que las naciones enteras, con todo su potencial económico y humano, se vuelcan íntegras en la lucha, participando activamente la fábrica, el hogar, el obrero y el soldado.

Puede afirmarse que la última Gran Guerra 1939-1945 modificó fundamentalmente la naturaleza de la lucha, para penetrar profundamente en el interior de los pueblos, con una rapidez vertiginosa y con resultados que nadie imaginaba. La guerra no se ganó, como en el pasado, en las proximidades de la frontera, sino llegando al corazón mismo de las naciones. Recordemos las campañas relámpago de Noruega y Dinamarca (15 de abril - 3 de mayo 1940), de Holanda (10 - 14 mayo 1940), de Bélgica (10 - 13 mayo 1940) y Francia (14 Mayo - 25 Junio 1940). Después de las épocas de Napoleón, Alemania, que siempre había procurado resolver las contiendas fuera de su país, llegó a conocer, en la última guerra, los horrores de la lucha en su propio territorio y la paz le fué impuesta en Berlín. Dos bombas atómicas hicieron innecesaria

ria una larga campaña terrestre contra el Japón, pese al fanatismo de los japoneses.

Ahora bien; toda esta enorme evolución en el arte de la guerra; todo este gran salto que dejaba atrás, como anticuados, a los métodos de lucha, armamentos y materiales empleados en 1914-1918, fué posible gracias a la aplicación sistemática y planificada de un criterio integral en la movilización de la economía de las naciones, puesta al servicio de la ciencia y de la industria. De la mano con la Estrategia Militar, la Estrategia Económica se colocó en situación de proporcionarle los recursos que permitieron organizar aquellas famosas masas blindadas y aéreas que dieron por el suelo con los temores de volver a una guerra de posición, como en 1918, que despreciaron la invulnerabilidad de las líneas fortificadas como la Maginot, y que se apoderaron de grandes masas de hombres a pie, embolsadas con maniobras sorprendentes.

La característica principal del Arte Militar es su constante evolución, procurando presentar formas nuevas de guerra con el auxilio de la técnica y de la industria, lo cual, a su vez, sólo es realizable con el apoyo de la economía nacional. Es muy posible que de ocurrir una tercera guerra mundial —lo que Dios no permita— ella habrá de revelar formas y procedimientos nuevos que volverán a asombrar al mundo.

La principal ventaja de Alemania sobre Francia, en 1940, consistió en abandonar resueltamente los procedimientos y formas de la guerra de 1914-18 para adoptar otros de mucha mayor envergadura, dinamismo y potencia, que los recursos de la ciencia y de la industria, apoyados por la economía de toda la nación alemana, permitieron obtener. Francia pudo haber hecho lo mismo o algo parecido, pero permaneció atada a las formas antiguas y pagó caro las consecuencias de su error. No es que Alemania hubiera gastado más que Francia, sino que empleó más acertadamente sus recursos económicos, aplicándolos íntegramente a las necesidades de la guerra.

En una conferencia que sobre el "Proceso de Riom" pronuncié en el Centro de Altos Estudios Militares, el 24 de mayo de 1943, a la que asistieron el Señor Presidente Dr. Castillo, Ministros y las más altas autoridades militares y civiles de la Nación, tuve oportunidad

de concretar, con cita de numerosos antecedentes y cifras, las causas principales de la caída de Francia. Entre ellas ocupaban preferente lugar el desorden social, la industria y la economía.

Es cierto que los graves errores estratégicos fueron la causa principal de la derrota alemana en 1918 en manos de Foch, pero debe también reconocerse que en ella influyó mucho la preparación defectuosa e incompleta de la economía alemana para soportar las consecuencias del bloqueo aliado que terminó por precipitar la revolución en el pueblo alemán. Esto lo reconocen en sus memorias grandes conductores como Ludendorff e Hindenburg, cuyas enseñanzas fueron muy tenidas en cuenta en Alemania para preparar la última guerra. No fué por hambre ni por bloqueo, ni por falta de materiales que Alemania fué vencida en 1945. Lo fué por las armas y en forma aplastante y aleccionadora para el pueblo alemán.

Lo que fundamentalmente debemos sacar como enseñanza de la última guerra es que el material, los armamentos y materiales terrestres, aéreos y navales, realizan constantemente progresos tan notables que ellos han llegado a ejercer una influencia preponderante en la organización de las fuerzas armadas, no porque el hombre, hoy como ayer, deje de ser con su patriotismo el factor fundamental de la lucha, sino porque la superioridad del material puede resultar tan abrumadora que las tropas con el mejor espíritu no podrán contrarrestar.

En consecuencia, la eficacia de una organización militar no podrá apreciarse únicamente por el número de los efectivos y por las impresiones que deja el desfile de una masa marcial, sino, y sobre todo, por las condiciones y rendimiento de su armamento y material de guerra.

Son estas cuestiones de principios, que fatalmente habrán de cumplirse en las grandes como en las pequeñas naciones, en una guerra de grandes coaliciones como en otras de proporciones más reducidas, tanto en teatros de operaciones como los de la Europa Occidental, como en Africa y en la América del Sud.

En síntesis; es la **calidad** que cada vez se impone con mayor fuerza al número. Fué el caso de las enormes masas rusas frente a las fuerzas blindadas y aéreas alemanas, en los primeros tiempos

de la guerra. Recuérdese los enormes bolsones, en los que caían cientos de miles de prisioneros. Y así hubieran seguido los alemanes hasta Moscú, el gran objetivo, de no haber sido por los gravísimos errores de su infatuado conductor supremo.

Todos sabemos y lo oímos repetir con frecuencia, que la suerte de la última guerra estuvo decidida a partir del momento en que los Estados Unidos de América decidieron volcar en la lucha su enorme potencial humano, económico e industrial. Se citan cifras siderales de producción, que costaron millones y millones de dólares. Se reconoce que tanto la invasión de Europa —la operación anfibia de mayores proporciones que la historia conoce— como la expedición en Africa, hubieran sido imposibles, sin el concurso de la gran nación americana. Pero pocos son los que se detienen a pensar que la tranquilidad y el tiempo de que se pudo disponer entonces para realizar la movilización de ese potencial se debieron a la gran distancia que por mar y aire separa a los Estados Unidos de Europa, factor que en la actualidad ha perdido mucha de su importancia. El mismo peligro hubiera existido de haber estado los japoneses en condiciones de intentar una operación sobre la costa oeste de los Estados Unidos, después del gran ataque a Pearl Harbor, que desmanteló a la flota americana. Pearl Harbor tuvo lugar en diciembre de 1941 y ya en junio de 1942 las fuerzas navales japonesas sufrían un desastre en Midway, que se debió, fundamentalmente, a la rapidez y eficiencia con que los astilleros norteamericanos, ampliamente apoyados por toda la economía nacional, consiguieron construir nuevos buques. A partir de ese momento, el Japón marchó de derrota en derrota.

Rusia supo aprovechar muy hábilmente la profundidad de su territorio, así como sus enormes reservas humanas y el envío de materiales que le hicieron sus aliados. A ella la guerra le costó la pérdida de cerca de 30 millones de hombres. La estrategia rusa fué, por sobre todas las cosas, una estrategia de sangre que pudo ser otra más económica y humana de haber sido, desde el primer momento, diferentes las condiciones en que se desarrolló la economía de guerra soviética.

Lo dicho anteriormente sobre los Estados Unidos de América y

Rusia nos explica con facilidad las medidas que en la actualidad los gobiernos de ambas naciones toman para movilizar sus respectivas economías, en caso de que las circunstancias llegaran a hacerlo necesario.

Estados Unidos tiene por delante el fantasma de un ataque aéreo ruso sorpresivo contra sus principales centros industriales, a través de las rutas polares del norte que permiten acortar considerablemente las distancias y que ya han sido experimentadas. En el futuro, la gran nación americana no podrá permitirse la comodidad de movilizar su economía, con la tranquilidad y el método con que lo hizo en la guerra anterior.

En cambio, Estados Unidos está en inferioridad de condiciones para bombardear a los principales centros industriales y económicos rusos, siguiendo las rutas polares. Esto influye para que en la actualidad adopte una costosa estrategia aérea periférica, consistente en bases situadas en otros países y mares que rodean al territorio ruso y desde cada una de las cuales es posible efectuar un ataque aéreo sorpresivo.

De estos ejemplos sacamos la enseñanza siguiente: que desde el tiempo de paz la economía debe cooperar estrechamente para que los fines de la Estrategia, de los que depende la existencia de la Nación, puedan cumplirse, tan pronto la inminencia de la guerra lo haga necesario.

Tal es el fin de la movilización económica de la Nación, que debe ser preparada en tiempos normales, trabajando de común acuerdo autoridades civiles y militares.

Una preparación inteligente y bien orientada de la movilización económica nacional permitirá un aprovechamiento más completo, metódico y eficaz de todos los recursos que existan en el país, facilitando, además, la vuelta a la normalidad, tan pronto la guerra haya pasado. Los conductores militares se encontrarán en mejores condiciones para llevar a la práctica concepciones originales que bien pueden encerrar el secreto de la victoria. Todo lo contrario ocurrirá cuando se recurra a la improvisación, a lo que comúnmente se llama movilización sobre el tambor; se desperdiciará la participación de re-

cursos nacionales muy valiosos y se procederá con un rigor que llevará en sí el germen de la anarquía, de la confusión y del desorden.

Procuremos ahora encontrar la solución más favorable para realizar estas exigencias de la guerra que obligan a disponer de todos los recursos económicos de la Nación, sin violentar los principios de libertad de empresa, de producción, de inversión de capitales, de trabajo e iniciativa, propios de una nación democrática, como la nuestra, principios por cierto muy diferentes a los que implantó Hitler, cuando, en tiempos de paz, convirtió a toda la economía alemana en una sola y poderosa máquina de guerra, cuyos diferentes engranajes concurren a un mismo fin y funcionaron al compás que él, como conductor único y supremo, marcó de manera inexorable, dispuesto, como lo estuvo hasta el fin, a jugar el todo por el todo, por la victoria de su pueblo.

Yo pienso que favoreciendo el desarrollo de una sana economía e industrias de tiempo de paz, que contemplen las necesidades de una nación que aspira a independizarse del extranjero en los principales renglones de la vida, como, por ejemplo, lo son el combustible y el acero, se favorece, a la vez que el progreso de la nación, su preparación para la guerra.

Es un error y un peligro suponer que por el solo hecho de tener una moneda sana y abundante, la defensa de la nación estará asegurada. La dependencia del extranjero es muy peligrosa, máxime cuando el mar está de por medio y el país puede ser bloqueado. Además, la guerra es la mejor oportunidad para los grandes negocios, como también lo es para los sustos, el desorden y las improvisaciones.

En resumen: dos son las grandes necesidades de la Defensa Nacional que la Economía debe llenar: proporcionar a las fuerzas de tierra, mar y aire, en tiempo de paz, todo cuanto ellas llegaren a necesitar para alcanzar el pie de organización y de instrucción que la Estrategia considera más eficiente y que financieramente resulta aceptable. Preparar la movilización de aquellos elementos de la economía que permitan, a su vez, la movilización o pasaje al pie de guerra de las fuerzas armadas de paz, tan pronto la situación internacional lo hiciera necesario. Prever todas las medidas necesarias para mantenerse en condiciones de seguir abasteciendo a las

fuerzas terrestres, navales, y aéreas, una vez éstas ya en campaña, de todos los elementos de subsistencia, equipo, armamento y material que ellos necesiten por consumo, pérdidas y desgaste; de reparar y devolver cuanto material deteriorado las fuerzas evacúen; de recuperar la mayor cantidad de enfermos y heridos; de realizar las investigaciones y experiencias que permitan mejorar las condiciones generales del armamento y material en campaña, no sólo en el caso de que ellos llegasen en la práctica a resultar inferiores a los del adversario, sino aún cuando sean mejores, como cuestión de principio, para ganar en superioridad y abreviar la duración de la lucha.

Proveer a la subsistencia y a todas las demás necesidades de la población, para que ella mantenga latente su espíritu de resistencia y se evite el derrumbe interno, provocado por la quinta columna que nunca falta, sobre todo después de algunas derrotas, que son frecuentes en la guerra.

Existe otro aspecto de la Economía moderna que conviene mencionar: las grandes potencias, como Inglaterra y los Estados Unidos, emplearon grandes sumas para combatir a la economía alemana, en algunos de sus mercados o zonas de influencia. Fué una verdadera guerra económica. No creo que esto pueda tener mayor interés para las naciones sudamericanas.

Los grandes y por consiguiente principales renglones de la Economía, en todo cuanto pueda vincularse con las necesidades de la Defensa Nacional, son los siguientes: la alimentación de las fuerzas y de la población; el armamento, la munición y los más diversos materiales que completan la movilización militar; los elementos y materiales de transporte; el equipo, con sus múltiples detalles y variantes, según la especialidad de la fuerza a que está destinado, la época del año y las condiciones particulares del terreno y clima en el teatro de operaciones; el combustible; los materiales sanitarios. Dentro de este conjunto importante de necesidades debe establecerse la clasificación siguiente que es indispensable, pues de ella dependerán las medidas de previsión a adoptar desde el tiempo de paz: Elementos que se pueden encontrar con relativa facilidad en el país, tal como, por ejemplo, ocurre con la alimentación en el nuestro, pero asimismo, a condición de que de antemano se determine si convendrá o no im-

pedir la salida al exterior de saldos exportables de productos alimenticios, con el fin de organizar con ellos un stock importante, disponible como reserva. Elementos que pueden ser fabricados en el país, con la materia prima, mano de obra y maquinaria existentes y aquellos otros que lo podrán ser a condición de traer antes la materia prima del extranjero. Otros elementos que podrían ser fabricados adaptando o transformando previa y convenientemente fábricas existentes para otros fines, como ocurrió en algunas naciones durante la última guerra, con la cooperación de la industria automotriz en las fabricaciones aéreas; y, por último, aquellos elementos que fatalmente tendrán que ser adquiridos en el extranjero.

Para determinar estas necesidades y posibilidades de la Nación con seguridad, evitando falsas apreciaciones que conducen a engaños y reservan graves sorpresas, en momentos en que se decide su destino, se requiere que en el país existan estudios estadísticos que por su seriedad permitan apreciar el verdadero potencial económico de la nación. La Ciencia de la Estadística ocupa un lugar preeminente en la política económica, así como en la preparación de la defensa nacional. De paso quiero decir que difiero con algunos autores que hablan con excesiva confianza y ligereza sobre el valor de nuestro potencial de guerra, en ciertos aspectos de la economía, especialmente en lo que se refiere a nuestra mineralogía.

Es de un estudio estadístico a fondo, realizado en común por autoridades militares y civiles capacitadas, del que habrán de surgir conclusiones acertadas sobre la posibilidad o imposibilidad de llevar a la práctica la organización de las fuerzas armadas, tal como las primeras proyectan hacerlo y, desde luego, dentro de los límites financieros que se consideren aceptables.

Por pobre que nos parezca la organización militar resultante de ese estudio, ella tendrá la gran virtud de ser la expresión rigurosa de la verdad. Y en la guerra se lucha con la verdad de lo que se tiene y no con cantidades en el aire. El desconocimiento de la verdad ha dado origen a grandes errores, militares y políticos.

Pero lo que por sobre todas las cosas habrá de surgir de estos estudios estadísticos, si es que son llevados con profundidad, con amplitud de miras y encarados con criterio eminentemente científico, serán

ideas muy interesantes que servirán para orientar a la política económica de la nación en tiempo de paz, en forma de mejorar la organización militar, facilitando la adquisición con tiempo de lo que falte, sea como materia prima, como maquinaria o como materiales ya elaborados, o bien, atrayendo capitales extranjeros para fomentar la instalación y el desarrollo de industrias apropiadas en el país, puesto que gran cantidad de los materiales y elementos empleados con fines militares son también necesarios para la vida normal de los habitantes y fábricas destinadas a producir elementos para el uso común de la población pueden ser susceptibles de transformarse, llegado el caso, para producir elementos militares, en base a modificaciones previstas y proyectadas en detalle, desde el tiempo de paz. Tal es el concepto amplio y completo con que en los tiempos modernos se resuelve la movilización de la economía, puesta al servicio de la Defensa Nacional.

He tenido oportunidad de conocer en Europa fábricas y establecimientos industriales que de antemano sabían con precisión cuáles eran las transformaciones que iban a sufrir y la naturaleza de los elementos a fabricar, a partir del momento de la movilización.

Pretender que toda esta tarea recaiga exclusivamente sobre fábricas militares es, en todo sentido, un grave error financiero y pedir un imposible. Dichas fábricas militares se deben dedicar, únicamente, a aquellos implementos que, tanto desde el punto de vista técnico como del financiero, convenga confiar a establecimientos expresamente destinados a ese fin. O bien, deben constituir un pequeño núcleo, a completarse con la producción civil en caso de movilización.

Procediéndose con el criterio que dejamos expuesto habrán de beneficiarse, a la vez, la Nación con una gran cantidad de elementos nuevos que se producirán en su suelo y que actualmente deben ser adquiridos en el extranjero, lo que resultaría dudoso en caso real, y, sobre todo de un bloqueo, y luego las Fuerzas Armadas, que podrán aspirar a una organización cada vez más completa y eficiente. Todo será cuestión de método y perseverancia.

Por estos principios sencillos se guían las principales naciones del mundo. Ninguna de ellas se ha querido echar encima la carga de una industria militar pesada y costosa que gravite enormemente en

las finanzas. Tienen los establecimientos fabriles militares indispensables. Krupp, por ejemplo, no se mantenía únicamente con los cañones y armamentos que fabricaba para el ejército alemán; sus producciones se extendían a los ferrocarriles, construcciones e instalaciones que requerían el empleo del acero que en sus usinas se producía. Lo mismo puede decirse de Bófors, en Suecia, y de algunas usinas francesas, inglesas e italianas.

Desde luego que una serie de factores locales, particulares de cada país, puede dificultar la solución de estos problemas, muy especialmente en lo que se refiere a los tres elementos de la economía que más interesan a la Defensa Nacional: el acero, el carbón y el petróleo. Lo reducido de la población, la falta o inseguridad de ciertos mercados, la situación geográfica, las dificultades de los transportes, etc., influyen en ese sentido y pueden obligar a que el Estado tome directamente a su cargo algunas fabricaciones o intervenga en empresas mixtas, como ocurre actualmente con nuestra ley de Fabricaciones Militares y habrá quizá de ocurrir con el acero y el petróleo. Pero debemos pensar que todo evoluciona y que, con el pasar del tiempo, mucho de lo que en la actualidad está a cargo del Estado pasará a manos del capital privado.

Debo significar que igual cosa ocurrió en los Estados Unidos de América y en Francia, antes de llegarse a la situación actual.

Es un falso patriotismo el que por sistema ahuyenta al capital extranjero. El problema no debe ser de persecución, sino de legislación, adecuada a la de cada caso particular. Por país de inmigración, como el nuestro, no debemos entender sólo la llegada de personas, sino también de capitales, que consigo traen industrias y esfuerzos nuevos al progreso y la civilización. La Defensa Nacional se beneficia enormemente con una Economía así concebida.

A este respecto, es oportuno poner en evidencia los gravísimos errores que en los últimos años se han cometido en la conducción de la política económica del país y que el actual gobierno, animado por un sano y gran patriotismo, se propone rectificar. En esa época para nada fué tenido en cuenta lo que mejor conviene a las particulares condiciones geográficas de la República Argentina y, en cambio, se implantaron algunas leyes y métodos económicos propios de naciones europeas superpobladas y saturadas de industrias, algunas

de las cuales casi caben dentro de una provincia argentina y que también se aplican en los Estados Unidos de América.

Con su enorme extensión, que permite alojar a cien o ciento veinte millones de habitantes y su reducidísima población —escasamente diez y nueve millones—; con las grandes riquezas que encierra; con su excelente posición respecto a las mejores corrientes inmigratorias del mundo, nuestro país se presta admirablemente para desarrollar una política económica que estimule a la empresa libre, al desarrollo de la iniciativa privada y a la inversión de capitales extranjeros. Una desmedida centralización por el Estado no puede producir sino consecuencias funestas.

Aún mismo en esas naciones europeas a que nos hemos referido, como así también en los Estados Unidos de América, la legislación económica no fué en sus primeros tiempos lo que actualmente es, sino que, poco a poco, con los años, terminó por adaptarse a la nueva situación que se iba creando con el aumento de los establecimientos fabriles, con la implantación de nuevas industrias y con el crecimiento de la población, cuestiones que aconsejaron modificar las leyes en vigor y una intervención más inmediata del Estado. Las consecuencias de las dos últimas guerras, al desorganizar totalmente la economía de esas naciones, fué otra de las causas que influyeron en el sentido que dejamos expuesto.

En una conferencia que diera en mayo de 1946, en la Sociedad Científica Argentina, sobre el tema "La realidad geográfica y los intereses del Estado", tuve oportunidad de tratar a fondo los puntos a que me vengo refiriendo.

Nuestra experiencia de muchos años nos dice, a través de la historia, cómo prosperó la economía argentina cuando se dejó al espíritu de empresa y de inversión de capitales la necesaria libertad. Yo no creo que haya sido inteligencia o preocupación lo que les haya faltado a nuestros gobiernos de antaño en materia económica, para dejar afluir al país, con tranquilidad, al capital y a la iniciativa extranjera, sino que, muy al contrario, ellos tuvieron una percepción más amplia y exacta de lo que mejor convenía a las condiciones geográficas del país.

Pienso que continuando con este mismo sistema, aconsejado por

la realidad de las condiciones geográficas de nuestro país y por una larga experiencia, habrían de beneficiarse por igual la Economía y la Defensa Nacional.

Si esperamos realizar todo con capitales argentinos y bajo la estrecha dirección del Estado, la explotación integral de las riquezas del suelo que debe seguir diferentes etapas de exploración, investigación científica y experimental, industrialización y transporte, en el mejor de los casos sufriría enormes retardos y lamentables confusiones, a lo que todavía se agregarían posibles cambios de orientación, por influencias de la política.

Como resultado de las enseñanzas dejadas por la última Gran Guerra, la cual estuvo en los primeros años a punto de ser ganada por el grupo de naciones que económicamente se encontraban en inferioridad de condiciones, pero que militarmente habían sabido evolucionar, es evidente que en el porvenir la Estrategia dejará de ser para las naciones más fuertes una cuestión de alianzas del momento, libradas al azar, con planes de operaciones circunstanciales, como lo fué en los años 1939-45. En la época de la aviación de gran velocidad, radio de acción y capacidad de carga, de las fuerzas blindadas acompañadas por una potente aviación de combate y de las armas atómicas y termoneucleares, la rapidez, el ataque por sorpresa en múltiples formas y la potencia de destrucción habrán de ser los grandes principios a tenerse en vista; hacia ellos tenderán todas las innovaciones e inventos. Con la Economía de las Naciones ocurrirá otro tanto. Nadie deseará quedarse con una gran cantidad de valiosos recursos económicos a la espera de que el adversario, de buenas a primeras, le aplique golpes devastadores. Por lo tanto, el desarrollo de la Economía debe facilitar, en todo lo posible, la realización de este aspecto moderno de la Defensa Nacional. Prueba de ello es que el actual Pacto denominado de la Organización de las Naciones del Atlántico, no es sólo una alianza que parte de preparativos militares efectivamente realizados por las naciones aliadas desde el tiempo de paz, sino que es fácil percibir como en su estructura ha influido la situación económica de cada una de las naciones. Serán no tan sólo fuerzas militares sino también **económicas** que, llegado el momento, habrán de complementarse las unas a las otras en bien recíproco, gravitando desde luego la mayor carga en los Estados Unidos de América, cuyo potencial técnico e in-

dustrial, aparte del potencial humano, es muy superior al de las otras naciones aliadas.

Debemos entonces sacar como conclusión que tanto desde el punto de vista militar, como del económico, **la guerra es acción, es movimiento.** Por lo tanto, una preparación eficiente e integral de la Defensa Nacional que de suyo incluye la Economía, no puede apartarse de ese principio que es de importancia vital para los destinos de la patria.

Nada más nefasto que un pensamiento fosilizado, sujeto a fórmulas antiguas, que por atavismo no desee evolucionar y colocarse en el nivel de ideas que los tiempos señalan.

Digo esto con un conocimiento personal claro de lo que les ocurrió a algunas naciones europeas económicamente fuertes, pero que fueron arrasadas con facilidad por el enemigo. Era posible observar en los círculos dirigentes superiores de esas naciones, personalidades que no quisieron y hasta se resistieron a aplicar el criterio que dejo expuesto.

En verdad, el criterio moderno no es una novedad; es el que de una manera muy general se mencionaba en el pasado, cuando se hablaba de la "Nación en Armas", pero al que las últimas guerras han permitido conocer mejor, de una manera más amplia y precisa.

Podemos también deducir la poderosa influencia que estos conceptos de la Economía, aplicada a la Defensa Nacional, puede eventualmente tener para la conducción de la Política Exterior del Estado, en el sentido de buscar alianzas favorables, que no sólo faciliten el éxito en el caso de una contienda, sino también la reconstrucción económica del país, después de la guerra. Todo esto sin violentar mayormente cuestiones de tradición y de honor, aún cuando al respecto en las dos últimas grandes guerras se hayan visto los casos más curiosos y sorprendentes.

Finalmente, debemos hacer algunas consideraciones relativas a la reconstrucción económica que se realiza en los años que siguen a una guerra.

En la práctica, después de la última guerra mundial está resultando de más difícil solución y relativamente más oneroso el conseguir la paz sin recelos, tal como la debemos entender, que la guerra misma. Prueba de ello es el porcentaje enorme que las principales naciones, en primer término los Estados Unidos de América, deben

dedicar a sus preparativos militares en tiempo de paz, con relación a las demás ramas de la economía de las naciones. El mundo ha quedado dividido en dos grandes grupos, denominados occidental y oriental, que se amenazan, pero que felizmente por ahora no se precipitan y se van a las manos, pues ambos se temen, calculando las desastrosas consecuencias que una tercera guerra habría de tener al trastornar completamente el orden mundial, mucho más que en el pasado, tanto en su producción como en cuanto toca al comercio, a la industria y a las finanzas.

A más de dos lustros del final de la guerra aún vemos a algunas de las naciones que intervinieron que no han conseguido reconstruir su situación económica y hasta se da el caso curioso de que ciertas de las naciones vencidas lo han logrado antes y mejor que otras de las vencedoras, como ocurre con Alemania Occidental, no obstante haber sido blanco de devastadores bombardeos aéreos, que para ello eligieron de preferencia los grandes centros industriales y nudos de comunicaciones.

En esta mayor facilidad de reconstrucción ha influido poderosamente la visión y habilidad de los gobiernos y sus ministros de economía, el carácter, las condiciones naturales y el espíritu de sus habitantes. Prueba de que una guerra podrá destruir todo, pero jamás extirpar los rasgos ni la obra de una civilización con raíces profundas, que perduran a través del desastre.

Es digno de citarse el ejemplo de Inglaterra. Si grande fué el mérito de Churchill como conductor genial de la guerra, no lo fué menos cuando, años después de terminada, fué llamado por su pueblo para regir sus destinos, en reemplazo del gobierno laborista. Ocurría esto en momentos en que la libra esterlina había perdido mucho de su valor, con respecto al dólar, haciéndose sentir los efectos en su respectiva zona de influencia.

Reconociendo la urgente necesidad de suprimir toda causa de inflación monetaria, libró lo que fué llamada "la batalla de la libra", sometiendo para ello al pueblo inglés a sacrificios y racionamientos que ya había conocido durante la guerra; se redujo la importación y aumentó en cambio la producción industrial y la exportación. El pueblo inglés, al que habló con la crudeza que las circunstancias obliga-

ban, supo comprender y respondió a su llamado y la batalla de la libra fué ganada, así como años antes había sido ganada la batalla de Alemania.

Pero no se necesita recurrir a ejemplos de la guerra para demostrar cómo se puede destruir casi la economía de una nación, sin necesidad de que aquella haya participado en una contienda, ni soportado bombardeos aéreos, ni sufrido pérdidas de vidas. Tal es el caso de la Nación Argentina, en la actualidad. Ella necesitará un verdadero y largo período de restauración para volver a sus mejores tiempos económicos. Sin embargo, después de la última guerra se le presentó a nuestra nación una excelente oportunidad para que su moneda llegase a ser cotizada entre las mejores del mundo, como ya ocurrió en los tiempos anteriores a la guerra.

No puede pensarse en la reconstrucción económica de una nación que se encuentra en plena lucha por su existencia mientras haya una probabilidad de triunfo o de paz honrosa, por remota que ella parezca, o bien, cuando el adversario triunfante pretenda imponer condiciones de paz que ofendan al sentimiento nacional, en cuyo caso se debe luchar hasta el fin.

En ese sentido, pienso en si el mundo y la paz no hubieran ganado más si en lugar de imponérsele a Alemania una "resdición incondicional", como requisito esencial para la paz, se le hubieran propuesto condiciones más honorables, a cierta altura de la lucha, cuando el pueblo alemán reconocía que ya su derrota era cuestión segura y de poco tiempo.

Alemania era el fantasma de Rusia, una verdadera valla entre el comunismo y el mundo Occidental; valla que en la actualidad Rusia procura en toda forma suprimir.

Pero no hay duda de que el poder de destrucción de la guerra futura podrá llegar a ser tan grande que, a cierta altura de la lucha, será indispensable a los conductores supremos resolver sobre el momento más apropiado para gestionar la paz, con una preocupación mayor que en el pasado, cuando la prolongación de la guerra no influía mayormente en la vida interna de la nación. La continuación de la lucha con medios modernos, en condiciones de manifiesta inferioridad para uno de los adversarios, no podrá tener para éste más

que una consecuencia: la cada vez más difícil y lenta reconstrucción de su economía, vale decir, de su vida misma en la post-guerra.

Con esto quiero significar que aunque en cierta forma parezca un contrasentido, será indispensable que ya a cierta altura de los acontecimientos bélicos los grandes conductores piensen en las condiciones de paz, dentro de las cuales la reconstrucción económica figura en primer término, porque de ella habrán de depender en el futuro las condiciones de vida de la nación.

En sus memorias sobre la segunda guerra mundial, Churchill expresa que encontrándose en Adana, en la frontera con Turquía, después de la conferencia de Casablanca y de una larga permanencia en Africa, anotó en su diario, en enero de 1943, lo siguiente: "Los dirigentes de las Naciones Unidas tienen la intención de crear una organización mundial para la conservación de la paz, basada en los conceptos de libertad y justicia y en la restauración de la prosperidad".

Estos mismos problemas los había tratado en Wáshington el Primer Ministro inglés con el presidente Roosevelt, en 1942.

En realidad, era ésta la aspiración suprema que se perseguía con la Organización de las Naciones Unidas.

Desde luego, no se trataba de crear un sistema que se redujese a constituir fuerzas militares destinadas a imponer la paz, a los que en adelante intentasen provocar una guerra, sino dotado de recursos jurídicos, económicos y sociales, así como de una organización que le permitiera resolver los grandes problemas de hambre y facilitar la reconstrucción material y moral de las naciones que habían intervenido en la lucha.

La realidad, al separar a los grandes protagonistas del drama, impidió el cumplimiento de tan elevados propósitos.

*

*

*

Como principal conclusión de esta conferencia, podemos sacar la siguiente:

La guerra moderna es, antes que nada, **una guerra económica**, que afecta a todos los órdenes de vida de la nación.

La mejor forma de resolver las cuestiones tan complejas que ella plantea consiste en meditar con elevación de miras y con serenidad, en tiempo de paz, sobre el carácter y alcance de las medidas a tomar, en el caso particular de la Nación Argentina.

La Economía y la Defensa Nacional son dos cosas inseparables, en el tiempo y en el espacio. Las dos habrán de beneficiarse recíprocamente si en la preparación de los planes, leyes y medidas de gobierno pertinentes intervienen, a la vez, las autoridades superiores, militares y civiles que corresponda, trabajando en forma coordinada y armónica.

La importancia creciente que la Economía tiene como base fundamental de la Defensa Nacional, ha influido para que en los Centros de Altos Estudios de los principales ejércitos del mundo se incluya a la Economía como materia de estudio, o bien, para que en el ciclo de conferencias a dictarse, en un período determinado, se traten temas especiales que se refieran a la materia económica. Es oportuno expresar que con ese criterio superior se procede en la Escuela Nacional de Guerra Argentina.

REVISTA DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

Año XXXIV :: ABRIL - JUNIO 1956 :: No. 321

Sumario

PALABRAS DEL DIRECTOR DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA, EN EL ACTO DE EGRESO DE OFICIALES DEL CURSO DE ESTADO MAYOR	I
ECONOMIA Y DEFENSA NACIONAL. ALGUNAS REFLEXIONES. Por el General de División (R.) Jorge A. Giovanelli	V
COMBATE EN CIRCUNSTANCIAS ESPECIALES. COMBATE EN CURSOS DE AGUA (ATAQUE). Por el Teniente Coronel Carlos Bernardo König.	139
LA EXPLORACION DE COMUNICACIONES EN LAS OPERACIONES AEROTRANSPORTADAS. Por el Teniente Coronel Plinio E. J. Isola	173
¿SE HA LOGRADO UN REAL Y EFECTIVO ENLACE CON LA FUERZA AEREA TACTICA? Por el Mayor Víctorio Mazzarol	177
EMPLEO DE LA ARTILLERIA EN LA SEGURIDAD, DURANTE LA MARCHA. Por el Mayor Jorge Edmundo Jasson	190
RESOLUCION ESTRATEGICA DEL GENERAL URQUIZA EN ABRIL DE 1851. LA MANIOBRA EN LA LINEA INTERIOR. Por el Mayor Héctor J. Piccinalli	211

La Dirección de la Revista deja a sus colaboradores la entera responsabilidad de las opiniones o juicios vertidos a cuyo fin, cuando no sean artículos de la Dirección, las colaboraciones aparecerán con el nombre del autor.